



EN BAJÁN

UNOS días antes de salir de Baján para el proyectado ataque a Saltillo, nombró el señor Gobernador jefe de su Estado Mayor al mayor Jacinto B. Treviño, dándolo a reconocer por la orden del día correspondiente.

El día 15 estuvimos haciendo algunas provisiones en la propia estación, de un carro de ferrocarril, que procedente de los Estados Unidos, y con destino a Saltillo, contenía preciosas mercancías, comestibles de manufactura extranjera. Todo cuanto había nos lo repartimos equitativamente, sin descuidar la parte que le correspondía a los soldados, a quienes no les hacía mucha gracia su tanto, especialmente si les tocaban botes de espárragos, latas de espinacas o algún otro vegetal poco conocido de ellos; y era curioso ver después el camino propinado por botes y latas americanos, conteniendo conservas o tabacos, que al ser probados por los soldados, no eran de su agrado y los arrojaban del alto de sus caballos al suelo. Algunos de los oficiales, también equivocadamente, habían tomado alguna cosa que no les sería útil. Por ejemplo, el capitán primero Francisco J. Múgica, en el colmo de su previsión estomacal, había repletado sus morrales, maletas y cantinas de cuanta lata y paquete tuvo a su alcan-

ce; y de uno de sus paquetes más preciados quiso convidarme, a la vez que preguntarme qué sería aquello tan simétrico, envuelto en gruesos y cuadrados cartones, como cuidando mucho de no romper el interior. Múgica no entendía, toda vez que las instrucciones impresas estaban en inglés; pero apenas me extendió el primer paquete, leí sobre la tapa superior *Electric lamp*: eran pequeños focos para luz eléctrica; quise estallar en una carcajada, pero mi espíritu malévolo hizo que mi cerebro pensara instantáneamente no descubrir a Múgica el contenido de sus paquetes, hasta llevarlo a presencia de los otros oficiales que charlaban cerca, a unos cuantos pasos de nosotros, para que todos se rieran de él, y así lo hice. Luego que ya estuvimos al alcance de Saldaña Galván, Destenave, Treviño, Baroni y otros, les dije:

«— Que les enseñe Múgica un hallazgo maravilloso que ha hecho.»

«— En el carro de mercancías» — agregó él.

Saldaña Galván, que traducía bien el inglés, leyó todas las indicaciones impresas, no sin suspender su lectura en cada oración, por las estridentes carcajadas de todos y las burlas a Múgica. Dimos con las tales lámparas en el suelo y montamos todos a caballo; pues el señor Gobernador había mandado formar las caballerías en un gran cuadro, de cierto modo, como para arengarlas y ser escuchado. Él se colocó en el centro y mandó que en línea desplegada se colocaran sus oficiales de Estado Mayor. Luego ordenó al mayor Treviño que presentara a la tropa a cada uno de los oficiales, con sus grados y comisiones, y después se dirigió él, en alta voz, a los soldados. Manifestóles que desde ese día entrábamos en verdadera lucha y campaña; que desde luego salíamos a buscar al enemigo dondequiera que se encontrara; que había que sufrir muchos descalabros en la guerra que principiaba; pero que, sin embargo, los exhortaba a que, a ejemplo de él, tuvieran fe y esperanzas en un triunfo defini-

tivo; que siguieran adelante la lucha por el honor y la dignidad de la Patria; que él, que como Gobernador Constitucional del Estado de Coahuila se había puesto al frente de ellos, nunca rehuiría el peligro ni los sinsabores de la guerra; que así como estuvo expuesto en el combate de Anhelo, estaría cuantas veces se ofrecieran, perdiendo la vida, si era preciso.

Los soldados manifestaron su satisfacción y contento con salvas y con aplausos; Treviño ordenó la marcha de la columna, y salimos como a las diez de la mañana del día 16 de Marzo de 1913, con rumbo a la Ascensión, por la Sierra, hacia Saltillo.

El día 18 pasamos por Saucedá y llegamos a Acatita, pernoctando allí, y al día siguiente nos sorprendió un *gachupín*, enviado del señor licenciado D. Emilio Vázquez Gómez, trayendo una carta firmada y fechada en Palomas (Chih.), en cuya misiva D. Emilio proponía que el señor Gobernador Carranza lo reconociera como Presidente provisional de la República. El hispano embajador se llamaba Aristarco Carrascosa, y era por demás graciosísimo desde su nombre, su persona, su embajada y su sombrero adornado con una cinta tricolor. Esto de la cinta lo había aprendido de los maderistas de 1910, y su caudillo, D. Emilio Vázquez Gómez, seguramente de la misma época, aprendió del caudillo de entonces a llamarse *Presidente provisional*.

El Sr. Carranza no se rió, como nosotros, del Sr. Carrascosa y su proposición; pero sí lo despachó con cajas destempladas, contestándole al señor licenciado su carta en términos bastante duros, sin reconocerlo, no digo como Presidente provisional de la República, sino ni con personalidad bastante para tratar con él los asuntos de la Revolución. Carrascosa nos quería [hacer creer que en Palomas, *capital provisional de la República*, Vázquez Gómez era reconocido por el jefe rebelde Inés Salazar y tres mil hombres de tropa

que comandaba. No obstante, manifestóle el señor Gobernador que aunque *fuera cierta tanta mentira*, la conducta anterior del señor licenciado para con el Gobierno legalmente constituido, lo ponía ahora a él, con su carácter de Gobernador Constitucional de Coahuila, en situación de no reconocer a Emilio Vázquez Gómez más que como a un hombre que había faltado a sus deberes para con el Gobierno de la legalidad. Carrascosa se volvió a Palomas con la contestación del Sr. Carranza para el licenciado Vázquez Gómez y con una especie de regañada personal que se le había propinado.

El señor Gobernador mandó, además, y por otro conducto, copia de la carta al diputado Gabriel Calzada, comandante de la plaza de Piedras Negras, y una carta al Gobernador Constitucional de Sonora, José María Maytorena, que radicaba en Tucson (Arizona), con copia de la misma que mandaba a Vázquez Gómez, para que no fueran a ser sorprendidos por este último y conocieran su conducta.

PREPARATIVOS PARA EL ATAQUE

El día 20 de Marzo dormitábamos con los caballos ensillados en un terreno plantado de cebada, cerca de Ramos Arizpe, y todavía *con la luna alta*, como dicen los rancheiros, penetramos al pueblo; el señor Gobernador, con unos cuantos oficiales, se dirigió a la casa del padre del coronel Francisco Coss, para tomar algunos informes de cómo se encontraba Saltillo, pues pensaba que el ataque a esa plaza principiara esa misma madrugada; el telegrafista del lugar, mejor informado que el padre de Francisco Coss, nos manifestó que por haberse enterado de algún servicio telegráfico entre San Luis, Monterrey y Saltillo, tenía la seguridad de que más tarde, para las seis de la mañana, llegaría procedente del Sur un tren militar, con no menos de ocho-

cientos soldados federales que venían a reforzar Saltillo o pasarían para Monterrey, que no estaba seguro; pero que de cualquier manera nosotros seríamos sentidos, y las tropas federales, si es que iban a Monterrey, se detendrían en Saltillo para contrarrestar nuestro ataque a la ciudad.

Esto nos hizo continuar la marcha hasta Arteaga, para, en llegando, resolver lo necesario. En el camino se nos incorporó un enviado del coronel Francisco Coss, con una comunicación para el señor Gobernador, en que le manifestaba que salvo sus superiores órdenes, él, con sus tropas, estaba listo para emprender el ataque simultáneo sobre Saltillo; que bajaría por el rumbo de Palma Gorda y principiaría el ataque a la hora que el Sr. Carranza dispusiera. El señor Gobernador, en contestación, dijo a Coss que no hiciera todavía movimiento alguno sobre Saltillo y que esperara nuevas órdenes, pues el paso de una fuerza federal venía a entorpecer sus proyectos. Entretanto, nosotros llegamos a la villa de Arteaga, que ya nos es familiar desde nuestra primera salida de Saltillo.

LA LÍNEA TELEFÓNICA

En Arteaga, el día 21 por la mañana, nos dimos cuenta de que el teléfono a Saltillo funcionaba perfectamente bien; desde luego algunos de los oficiales conversamos con el jefe de la *Central* de Saltillo, buen amigo y correligionario nuestro, de apellido Guajardo. Nos informó más o menos cómo era la situación en la capital del Estado; luego habló con el señor Gobernador, contestándole algunas preguntas que le hizo; lo comunicó por la misma vía con el Palacio del Gobierno, y el Sr. Carranza habló primero con uno de los hijos del general Blázquez, creyendo que el citado general fuera el jefe militar de más alta graduación que allí había; pero el

joven Blázquez le informó que su papá no se encontraba en la plaza, sino en Monterrey; que el jefe que se encontraba en ella era el coronel Caso López, que de México había llegado la noche anterior con ochocientos hombres.

Efectivamente: a poco tomó la bocina el coronel Caso López, y el señor Gobernador desde luego lo excitó, primero en términos muy mesurados, a que en cumplimiento de su deber desocupara la plaza de Saltillo; de lo contrario mandaría que se generalizara el tiroteo que desde la noche anterior y por vía de exploración había mandado hacer con Hipólito Ruiz por el lado de la estación del Nacional, y con Sanjos Dávila Arizpe por el lado del Molino de La Goleta, y ordenaría el ataque formal a la plaza. Caso López le contestó, al parecer, que ellos cumplían con su deber; que por el contrario, a él era a quien exhortaba al cumplimiento de ese deber; esto indignó al Sr. Carranza, y le dijo:

«— Ustedes siempre son los mismos; yo le he estado hablando a usted correctamente; pero ya que no quiere entender, voy hacerlo que entienda lo que es el cumplimiento del deber. Iré a atacar esa plaza con las fuerzas de mi mando, siendo usted directamente el responsable de lo que en el ataque pueda suceder.»

Algo le contestó Caso López, que no puedo referir al ple de la letra; pero el Sr. Carranza replicó:

«— ¿Qué sabe usted de honor? Ni hable usted de eso; ustedes sólo saben vivir de los Gobiernos, sin cumplir jamás con sus deberes; y esto que le digo por teléfono, estoy dispuesto a repetírselo personalmente. Si quiere, espéreme, y tanto usted como yo retiraremos nuestras tropas y nos veremos en el lugar que usted elija, los dos solos.»

Caso López agregó algo y en seguida le pasó la bocina a un antiguo amigo del Sr. Carranza, cuyo nombre no recuerdo, pero a quien hablaba con bastante confianza. A dicho amigo, dijo el Sr. Carranza:

«— A ti no quiero insultarte, porque ya le dije al coronel Caso López lo que tenía que decirles a todos. Comprendo que eres el mismo de siempre: inconsciente y bruto, que sigues siempre las causas malas.»

EL ATAQUE A SALTILLO

A las once de la mañana del Viernes Santo ya habíamos llegado a Los Cerritos, a dos kilómetros de Saltillo. La balacera muy nutrida que se escuchaba en las calles de Saltillo, nos hizo detenernos para orientarnos y tomar dispositivo de combate. El capitán Hipólito Ruiz y el de igual grado Santos Dávila habían sido mandados por el Sr. Carranza desde la noche anterior, y asediaban valientemente por dos rumbos distintos a las fuerzas de la plaza. El coronel Francisco Coss, a quien tal vez no había llegado el propio que un día antes mandara el señor Gobernador, atacaba también por el lado de Palma Gorda.

El Sr. Carranza ordenó el asalto general en la siguiente forma: Por el lado Sur, la columna de Caballería del mayor Lucio Blanco; los tenientes coroneles Cesáreo Castro y Agustín Millán, con doscientos hombres, por el Sureste, lugar que le dicen «Chapultepec»; Hipólito Ruiz y Santos Dávila Arizpe, con sus dos respectivas fracciones, por el rumbo en que se encontraban; el teniente coronel Antonio Portas, con el mayor Cayetano Ramos Cadelo, por el Norte, que era el lado más débil, pero al que debían de concurrir fuerzas del teniente coronel Luis Gutiérrez; y, finalmente, el teniente coronel Francisco Sánchez Herrera, con una pequeña escolta de Caballería, para que la lanzara al ataque hasta el centro de Saltillo; lo que estuvo haciendo toda la tarde y parte de la noche, hasta sentirse herido en un brazo.

A las tres de la tarde se generalizó el combate, y todo el

día y la noche fué subiendo de punto, cada vez más nutrido el tiroteo y más encarnizada la lucha.

Por el centro atacó el 2.º de Carabineros, que lo componían el resto de las fuerzas de Cayetano Ramos Cadelo y algunos soldados del teniente Manuel Beristain, que, según parece, fué muerto o hecho prisionero por el lado de la Alameda.

El mayor Jacinto B. Treviño ordenó al capitán primero de Artillería Francisco Flores que se colocara en las inmediaciones de La Goleta, con la única ametralladora que teníamos. Obedeció Flores y púsose en camino; lo acompañé, y al llegar a un arroyo notamos que nos hacían fuego y que las balas polveaban fuerte y muy cerca de nosotros.

«— No vamos a poder llegar hasta La Goleta» — me dijo Flores.

«— Emplázala aquí» — le contesté, señalándole uno de los bordes del arroyo.

«— Está bien; pero anda a avisar a Treviño que no es posible cumplir su orden.»

Al galope de mi caballo me dirigí a Los Cerritos; en el camino me encontré a Treviño y le di parte de lo que había ocurrido. Llegué hasta donde estaba el señor Gobernador, hablando con algunos jefes, y advertí entre ellos a Francisco Coss y a Luis Gutiérrez, que ya se habían incorporado al Sr. Carranza. Los saludé, aparté a Coss del grupo, y éste me platicó todo lo que había pasado durante los días que hacía que no nos veíamos. De improviso, un soldado de los que servían la ametralladora que manejaba el capitán Francisco Flores, que yo había dejado momentos antes, vino a avisarnos que Flores había caído gravemente herido. Volví en seguida a andar el camino que había hecho, y a pocos pasos me encontré a Flores, traído en una camilla por cuatro soldados.

Se sonrió al verme, y me dijo:

«— Me *fregaron*, hermano.»

Después, haciendo un esfuerzo, se desprendió con sus propias manos una daga que ceñía a su cintura, y extendiéndomela, me dijo:

«— Al fin no te costó nada: te la regalo.»

Esa daga, cuyo mango tiene figura de pata de venado, la quería yo, y muchas proposiciones le había hecho a mi amigo y compañero Flores, en cambio de ella. La última fué en el camino, hacia La Goleta. Díjole bromeando:

«— Antes de que te maten, te doy cinco pesos por la daga.»

El doctor Daniel Ríos Zertuche, que examinaba las heridas de Flores, declaró en voz alta que no tenía remedio; que las heridas eran graves y que sin duda moriría por la noche.

«— Ya lo ves — díjome —, acércate.»

E hice algunas recomendaciones para su abuelita, la única persona que le quedaba de su familia, según me decía. Me hizo que tomara razón por escrito de su nombre y dirección: *Concepción Flores, calle de Socarrón, núm. 126, Tacubaya, D. F.*

En la madrugada del día siguiente falleció el capitán Francisco Flores.

El fortín de los americanos — o de Doña Carlota — (1) fué tomado en varias ocasiones por nuestras fuerzas.

Por la noche y al día siguiente se dió el caso, con mucha frecuencia, de que nuestras fuerzas penetraran hasta las calles y plazas públicas de la ciudad.

Al amanecer el Sábado de Gloria, el combate fué más reñido, y nos dimos cuenta de que el enemigo recibía refuerzos de Caballería por el rumbo de Concepción del Oro, y de que nuestras bajas eran numerosísimas.

(1) Así se llama en Saltillo una vieja defensa, construída de adobes en la colina Sur de la ciudad.

El señor Gobernador creyó que con lo hecho ya era bastante para dar a conocer a toda la República que la Revolución no había sido extinguida por Trucy Aubert en Anhuco, toda vez que de manera tan formidable atacaba la capital del Estado.

Mandó reconcentrarse a las fuerzas, y nos retiramos con rumbo a Los Mesones. Después de dar agua a la caballada, quisimos hacer un alto para reposar un poco y comer algo. Sobre una sombra, y al abrigo de los árboles, sin desensillar los caballos, excepto el del señor Gobernador, nos disponíamos a comer algunas de las latas americanas que traíamos desde Baján, así como a asar unos cabritos, que un bondadoso pastor nos vendiera; Destenave abría unos botes de espárragos; Lucio Blanco gruñía con Jacinto B. Treviño de algo baladí (no se querían); yo descansaba sobre la zanja; Alfredo Ricaut aparecía en su caballo moro; de pronto, una fusilería nos hace fuego a corta distancia. Parecía algún refuerzo que deberían recibir los federales por el lado de Monterrey.

La confusión fué terrible; no esperábamos vernos atacados por aquel lado. Alfredo Ricaut ofreció su caballo al señor Carranza, mientras le cogían y ensillaban su prieto. El señor Gobernador, sin perder su proverbial serenidad, ordena que Blanco, Portes, Millán y otros tomen posiciones y detengan al enemigo, mientras Cayetano Ramos, Cesáreo Castro y varios más toman las alturas de la Cuesta del Cabrito. Después de un rato de confusión, todos marchamos ordenadamente hacia Santo Domingo. El señor Gobernador, en su caballo prieto, hacía uno que otro comentario del ataque a Saltillo, de las pérdidas que habíamos sufrido y de la sensible muerte del capitán Flores.

Al día siguiente seguimos el camino con más tranquilidad. El señor Gobernador decía de cuando en cuando:

«— ¿Todavía dirán en México que voy a entrar en componendas con Huerta? »

Y por la tarde me dijo:

«— Ahora, sí; adonde lleguemos, allí es preciso hacer un plan de este movimiento, y darle publicidad lo más que sea posible, en toda la República y en el extranjero.»

Baroni decía que en ese plan se debería ofrecer repartición de tierras y cumplir las promesas del de San Luis Potosí, de D. Francisco I. Madero.

«— No — contestó resueltamente el señor Gobernador —, ya es tiempo de que haya un hombre que hable con verdad y en quien el país tenga confianza. Esta Revolución debe ser sólo, y saberlo todo el mundo, para restaurar el orden constitucional, sin llevar al pueblo, con engaños, a una lucha que ha de costar mucha sangre, para después, si no se cumple, dar lugar a mayores movimientos revolucionarios. Las reformas sociales que exige el país deben hacerse; pero no prometerse en este plan, que sólo debe ofrecer el restablecimiento del orden constitucional y el imperio de la ley; pues de otra manera aparecería que se hace con objeto de hacerlo atractivo y conquistar adeptos, y no se trata de eso. Si triunfamos, ya verán ustedes las reformas que por fuerza tendrá que llevar adelante cualquier Gobierno que se establezca en México, pero sin promesas.»



